



CENTINELA ALERTA!!!

—Poca-pena, Juan sin miedo!
 —Qué se le ocurre á V. padre?
 —Es preciso que cargueis, y os pongais en acecho.
 —Pero qué hay, padre? desembuche V. por esa boca ¿no sabe V. que me llamo Juan sin-miedo?
 —Por lo mismo es menester que hagais bueno tu nombre, hijo mío; y tú Poca-pena, también: mientras vosotros arrimados de centinela á esa puerta observais al enemigo, yo enfardaré los fíos, pa que los llevemos con vitoria á la playa.
 —Con que es icir, que nos acechan, padre?
 —Si, hijos míos; nos espian que es un gozo: el último oro desembarcao de la California, tóo se ha empleao en comprá gente pa asustarnos.
 —Las tripas se me están regolviendo ya en la barriga de oír á V. padre; voy á hacer una atosijá si no me contienen, con too el que se ponga delante de Juan sin-miedo.
 —Bien! así te quiero yo siempre, sin desmentir tu raza.
 —Pues qué! habia yo é permitir que despues de la última sorpresa, de habernos quitao esos soplonos una de las mejores cargas, nos lleváran también las que tenemos ya arreglás con tantos sudores? maldito sea tanto soplon como hay al reor nuestro: yo creo, padre, que en esta tier-

ra nacen los soplonos como la alfarfa; y sino andamos muy listos, diariamente nos la van á estar dando por la caminiá.

—Pues yo, tonto entendió, Juaniyo; al primer soplon que agarre lo cuelgo de las patas en las orejas de la luna.

—Cuidao que es buena cosa no poder unos hombres de bien como nosotros vivir tranquilos ni un minuto.

—Á ver, Juaniyo.... qué sombra es aquella que asoma por la ventana?

—Un soplon sin dua padre.

—Pues fuego en él! Pumm.....!!! así!! Dios te haya perdonao!

—Juaniyo, Juaniyo! aqui vienen tres bul-tos encapotaos. ¿Qué jacemos?

—Pídeles el quién vive, Poca-pena.

—Quién viveeee....? Mineros de la California dicen, padre.. ¿qué jacemos?

—Dejalos pasar; pero ten preparao el trabuco y si siquiera te hechan la mirá de esconfianza, despavilazo en ellos.

—Ya han pasao, padre; y llevan tapá la cara.

—Pues dejarlos con su máscara y Dios los perdone de corazon: mira tú, Juaniyo; has una salía por la vuelta, á ver si alguien se ha enterao de nuestra conversacion y si lo pillas, te lo traes en el cinto y aquí lo espavilamos, y tú Poca-pena, mientras Juaniyo vuelve, toma pa isimular el tiple y cántame una coplica salerosa.

—Voy á dejar á V. complacido, padre.

Si en la tierra é Grand
 no hubiera tanto soplon,
 yo la vendría á habitá
 con mi via y corazon.

Pero no pueo vivir
 onde toos estan soplando,
 y dándonos que sentir
 en prejuicio el contrabando.

—Bien cantáo, Poca-pena! vamos con
 otra estocá por esa mesma verca.

La gente dice que hoy día
 cunde el brillo y la cultura:
 yo igo que esa es tu tia
 encerrá en la sepultura.

Porque al ver ciertos perances
 de esta tierra de peccaos
 yo igo....que no hay avances,
 y estamos.... estacionaes.

—Padre, padre, aquí traigo una presa.

—Pues suéltala Juaniyo, haber que clase
 de vicho es ese.

—Un soplon, padre; que nos quería pi-
 llar nuestro registro.

—Pues que recé el creio desde luego.

—Padre yo quisiera peir á nsté gracia
 para él; porque parece tan pobretico y tan
 infeliz, que solo el oro de la California po-
 día haberlo corrompio.

—Pues ello es menester darle una aver-
 tencia.

—Bueno, con tal de que se quee vivo,
 V. padre sentencie lo que quiera.

—Pues sentencio... que salga por la ven-
 tana.

—Pero y si se rompe una pata ó una cos-
 tilla?

—Se queará sin ella como yo me queé
 sin la carga el otro día.

Pues á ella, buen amigo.

Y diciendo y haciendo salió á la calle el
 soplon sin daño alguno y los contraban-
 distas siguieron su empaque vigilando al
 enemigo.

Un rato de platicacion.

¿Qué hace el mundo? Murmurar.

¿Y en qué se ocupa? En mentir.

¿Y cuándo va á descansar?

Cuando deje de existir.

—Pues como te iba iciendo quería Jua-
 niyo, en esta tierra hay mucho futraque mal
 llevado, y muchas manos confundás contra su
 gusto.

—Pues tú tienes mas conocencia que yo

de esa materia: á mi tocos los levitines me
 paesen bien entallaos; y lo que es el ganao
 que los lleva, muy garboso y bien concluido.

—Tú no entiendes esa gerga Juaniyo: yo
 lo que te quiero icir es, que muchos de los
 que usan el futraquin, no han de haber na-
 cio pa encajarse ese mueble; pero qu' se
 lo encajan á fuerza de estirones y alambi-
 camientos, y sino que güelvan al revés la
 faltriquera.

—Vamos, ya estoy en tu esplicacion; se
 encajan el levitin á fuerza de sacreós de puer-
 ta adentro y cuentas de puerta afuera.

—Pues eso es camaraita; y podian darse
 por agraciaos con llevá la camisa limpia
 mas que fuera remenda, como jácemos por
 nuestra tierra, á onde tú sabes que ninguno
 entresale de sus circunstancias.

—Es mucha verdá y que cuando alguno
 se eslisa mas de lo que puee, andá la tijera
 bien amolá jasta que lo aburren y sueltá
 el trapo.

—Cabá!.... porque se esengañan de que
 eso es la perversion de un pueblo; aquí toos
 quieen tené mucha lachá pa figurá, toos
 quien sacá el cuello, pero aquí hay mucho
 laborintio de gente y naide lo arrepára.

—Pues mira cómo nosotros lo hemós di-
 queláo, y eso que no conocemos á naide mas
 que de vista.

—Lo que es por la tierra, en cnatró días
 espichabamos toos con esa costumbre! Eso
 es bueno pa los ricos que desde que les je-
 chan el bautismo ya les cuelgan el futraque,
 y aun así y con too algunas veces se encajan
 con mucha estima nuestros aparejos; y por
 qué? porque no serán tan espreciabiles.

—Pero qué! si to eso es lo mismo que di-
 ce el abuelo,

Aonde no hay jarina

toos es mojina;

y aunque la mona se vista é sca
 mona se queá.

—Pues eso es Juaniyo; pero yo lo que igo
 es que por lo mismo es menester que defe-
 mos estos jarreos si queremos pasar por al-
 go en esta tierra: aunque los causales son de
 esa naturalia, el cuento es que aquí toos son
 señoriquetes y el que no gasta el futraque
 ni puee entrá en la alamea ni le arrepára
 naide la cara.

—Pues yo no estoy con ese pensar, Poca-
 pena; nósotros no poemos jacer papel mas
 que de este móo, habiendo como sabes al-
 gunos camarás de la tierra que irian pa lá
 contando nuestro espilfárro. Na, na! Yo igo
 que cuando nos entre la ventolera nós pene-
 tramos en la alamea y sin jacer caso de naide

nos bajamos y nos subimos hasta que nos jartemos. Suces que al tropiezo se nos encara, algún futracoso con que si fue que si vino, y entonces nosotros le alumbramos un trompetazo que se quee despavilao pa un rato. ¿No te parece á ti que esto es lo mejor y sin contingencia?

— Hombre..... yo á tóo me allano pero es una indiniá el aplastá á esos muñequillos de cera porque al fin no hay mas que verles la cara pa saber de lo que son.

— Esa es moa tambien, Poca-pena.

— Que es moa el mismo color de la aceituna? pues me gusta la moa: y el ser inquencle es moa? y la guasa es moa? y los contoneos es moa? y llevá el pisenezo mu salio es moa? y el olor que toos llevan á tabardillo es moa? pues te igo Juanito que la moa me jace el tilin.

— Porque tú eres namás que un ganso: arrepara en las señóricas y verás lo mismo.

— Si, pero en las señóricas tenemos otro tilin y otro aquel, como dice el abuelo; las señóricas al fin son jembras y las jembras tienen en los ojos la llave gansua de nuestras potencias.

— Bien jablao mozo güeno!

— Y lo que es en Graná Juanito las lüy que encienden yesca esde lejos.

— Pero hay tambien mucha niña que quie ser mujer, y mucha vieja que quie ser niña.

— Hombre yo en este punto, sabes tu que siempre me pongo en medio de las edaes...

— No eres tú mal bribon con las edaes... Pero oyes, qué rüto es ese?

— La Infanta dicen.

— Pues vamos á ver si dicen bien; luego seguiremos platicando.

UNA CARTA AL S. DON PAQUIRO.

— Poca-pena!

— Qué quistó, padre?

— Es de necesiá que le escribamos una carta al compadre é Chiclana; al señor Paquiró; pues tu sabes nos tiene encomendao que le jagamos relacion de toas las fiestas de toramaca, que poamos ver por el mundo.

— Pues ya puosté dítar, que tengo en la mano la espavilaera: por de conta, padre, que vamos á icir la verdá esnúa; pues en lo contrario toa la gente que fué ayer á los toros nos dejaba po embusteros. Cuidiao padre que digaste que nos han valio á diez riales ¿lo oyosté? á diez riales!

— Bien, bueno; tu calla y escribe.

— Venga de ay, padre.

— Compadre mio de mi corazon.... ha es-

taosté jaciendo mucha falta por esta tierra aunque no hubiera sio mas que un ratico; pero como ha de ser! ya que oste no ha venio ni su sobrino, han venio otros pa llenar el hueco. Sabrasté el como se ha practica la primer funcion de toros, á que ha asistio la Señora Infanta y su esposo; la que ha presidio la plaza en un balcon mu bien adornao; lo emas estaba liso y llano sin colgauras: tampoco ha habio el despejo que osté sabe es muy entusiastico siempre pa empezar...

— Pero padre de que espejo quieste hablar?

— No seas bruto, Poca-pena; del espejo pa retirar la gente.

— Buena cosa! pues no viosté que la gente se fué ella sola? hoy hay mucha dociliá en la gente, padre: no hubiera yo querio tanta en el ganso.

— Vamos á ver si escribes: el espejo que yo le igo al compadre hubiera servio pa eutonar la fiesta. Sigue. Despues que entraron los Infantes y se sasegó la gresca, salió la gente crna con mas rumbo que jazañas, y comenzó la funcion; como osté compadre no quie mas que el estrato pa su gobierno, luego entraremos en los lances: Primer vicho, de casa de Balmasea, negro...

— Padre, el señor Balmasea no es negro.

— Eres un animal, Poca-pena: hablamos del toro que era negro, boyante y de buen trapio, cornialto, diez y nuebe varas, dos porrasos, un salto é callejon, dos jamergos, seis riletos y la muerte de un pinchazo por lo alto recibiendo, y una baja á volapié. El segundo del señor Martin, colorao...

— Padre, cuidiao que don Martin no tiene ese apellio.

— Pero hombre no seas ganso; yo he dicho colorao á su bicho.

— Eso es otra cosa.

— Colorao, cornialto, boyante y bien plantao, con mucha aficion á las capas...

— Pero padre si jacia un calor: que nos estábamos ajogando.

— No me enterrumpas y escribe: tomó, trece varas desarmao...

— Pero padre, áónde se vende esa tela?

— Sigue, Poca-pena.— Seis riletos, un caballo, y lo acabó el Sr. Lucas de una baja recibiendo. El tercero de casa de Balmasea; negro y de muchos pies.....

— Cuidiao, padre, que no tenia mas que cuatro.

— Y tú debias tener ocho segun lo ganso que eres, Poca-pena.— Pena me dá de oirte rebusnar tanto.

— Vamos, padre, no se alteroste en cuatro-

pies mas ó menos: osté dice que tiene muchos pies? corriente; yo no le arrearé mas que cuatro, como á los hombres les arrearados; aunque algunos parece que llevan mas.

—Has acabado ya de rebusnar? pues sigue. Era de buen trapío, y once varas, dos caballos, seis ríletes y le dió la muerte el Sr. Santera con un mete y saca recibiendo.

—Osté padre, si que metosté y saca güena algaravía en esta carta.....

—Vamos siguiendo: el cuarto.....

—Honrar padre y madre....

—Mira, sanguango: tú estás de guisa ó te vas á burlar de mí?

—Pero si es verdá padre; como se quéaste así en suspenso.... el cuarto.....! me he acordao de cuando yo iba á la escuela y decia los mandamientos; y como apropiámente en ese me daba siempre un cañaso el maestro, no se me pue olvidar..... y sabosté porque jacia esto? porque decia que estaba muy perdido este mandamiento po el mundo, y era menester que pacciera á fuerza de fatigazos á la jumentú.

—Vamos con la carta.—El cuarto viebo, negro, de casa de Martín, buen mozo pero muy historiao de costumbres.—La vida en plaza de este toro, tuvo mucho que contar, como el siglo actual; salió boyante; pero así que vió la gente, se queo parao como los fanfarrones: sin dua se asustó de tanta proeza como querian jacer con él; pero fué eicaso que toos se quearon paraos tambien, es decir hubo la paralesis mas completa...

Pero padre perdonoste, que oste no oyó lo que dijeron por encima de mi cabeza y que sabian bien el secreto: hubo la paralesis que oste dice, por que parece que el Sr. Cubi..... jechizao en avejorruco pasó revoloteando por el tejao en aquel estante, y dejó manetizao al toro, á los peones á los caballos y hasta la impresa; porque cerca de media hora nadie jacia na que valiera los diez riales de la entrá. Yo no sentia mas que lo que diria la señora Infanta, con la torpeza de toos.

—No me parecé mal too eso; pero vamos rematando.—La gente hubiera podío jugar á este toro y no quiso; tomó dos varas de huía. Se le becharon petros con mucha tardansa, y salieron tres herios; hubo ríletes de carretilla y media luna, y no salieron gatos porque el toro dijo que bastaba ya tanto malullio; por fin salió un tablon y lo mataron; no se sabe si á arañas.

Se suscribo en el establecimiento de los Sres. Astudillo y Garrido, plazade Vivarrambla. En Granada 5 rs. por un mes, y 7 fuera, franco el porte.

Imprenta de los Sres. Astudillo y Garrido.

—El quinto era negro, de Balmasea, cornivisco, boyante, diez varas, un revolcon, ocho ríletes, y lo apioló Santera por lo alto y una buena recibiendo.

—Padre, dígame que saltó el tablon y lo jizo peasos y agarró al almendrero.

—Corriente; y añade que el tablon está como tea la plaza; mu pasaica como la yesca, de tanto tomar el sol, y es mu extraño hoy pues toas las plazas se han refrescao por la moerna; pero esto no le jace na pa que tenga créito.... allá en lo antiguo.—Prosigue.—El sexto y último de D. Martín, berrendo.

—Padre....!

—De hermosa estampa, reparon, de mucha cabeza y con mucho sentío, flojo primero, pero bien armao despues; tomó once varas, espichó cuatro caballos, y uno de ellos sin ginete, porque lo estaba esperando solico; seis ríletes y lo mató el Sr. Lucas de una baja á vola pie.

La Señora Infanta se habia ya ido mucho antes; desde que vió que los perros tardaban tanto en salir, porque no estarían prevenios. Y se acabó compadre la fiesta, que como osté ve ha sio na mas que rigular, pero cara en proporcion.

—Pero padre, no decimos ná del cachero que tiene una mano tan cachonga?

—Eso no vale naa.

—Y de la bullería de gente que hubo?

—Qué le importa eso al compadre? Si fuera á la impresa, tal cual; pues yo le aseguro que pa la que viene no habrá tanta bullería sino arrebajan algo el pasapuerta.

—Y no decimos al compadre que el tren de las mulicas es el mismo con que se estrenó la plaza?

—Como cosa de mérito por su antigüedad? corriente.

—Y no decimos algo de los que servian la plaza?

—Hombre, pues si andaban mas listos que Cardona, y jaciendo viso siempre encima de lo que se pudiera ofrecer.

—Pues eso es lo que yo quiero icir, que por lo mesmo debian haberlos presentao bien vestios.

—Eso no vale na, Poca-pena: la entrá no daba pa tanto requilorio.

—Padre, y no decimos tambien...?

—No, no decimos na mas, porque el correo se va y no espera tus majerías.

—Ea, pues tóme V. la carta y abur.